

www.cuadernosdelaberinto.com



www.cuadernosdelaberinto.com

Julián Ibáñez

EL SECUESTRO
DE CHAPAPOTE



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 37 —
MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © BEATRIZ IBÁÑEZ MORENO

Corrección: ELENA MATA



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: DICIEMBRE 2025

Depósito legal: M-26098-2025

I.S.B.N: 979-13-87751-12-8

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Los comerciales nunca aparecíamos antes de las diez. La empleada tampoco había llegado y nos daba tiempo a recuperar el resuello, meternos la camisa y peinarnos con los dedos. No me gustaba en la oficina porque ella prefería tener la puerta abierta y podía aparecer el tanquista y vernos en uno de los televisores en exposición. Además, era una habitación demasiado pequeña, sin un sofá o un sillón, y nos veíamos obligados a sacarle brillo a la pared.

Aquella mañana de febrero iba un poco apretado de tiempo y todavía faltaban treinta kilómetros para Talavera. Tenía Cebolla a la vista. Un pueblo que no era nada y la carretera le partía por la mitad. Sólo una docena de viejos y cuatro casas abandonadas. A los jóvenes no les gustaba el campo, les gustaba el asfalto, los luminosos, el aire espeso y las deportivas de doscientos euros pisando cagadas de perro. En Cebolla tampoco quedaban perros; yo pasaba por allí casi todas las mañanas y nunca había visto ninguno, quizás algún galgo que sólo salía del corral los domingos a estirar las patas. Levanté el pie aunque iba con retraso, porque la velocidad permitida era sesenta.

Teníamos un cielo borrascoso, pero de momento todo estaba en calma, nadie levantaba la voz y nadie tenía motivo para declarar una guerra. Me crucé con dos nativos caminando uno detrás del otro por la acera de medio metro, iban con la vista baja y no miraron el coche. Dos nativos por encima de los cincuenta, sin afeitar, todavía sonámbulos, camino de su trabajo, a saber qué trabajo, o hacia ninguna parte. El resto de los vecinos esperaban a que el sol estuviera más alto para salir de la cama e ir a la plaza a calentarse. Alguno no se levantaría porque no merecía la pena, era mejor soñar que atracaba un banco y huía abriéndose paso con una metralleta a la que no se le terminaban las balas, liquidaba a todo el personal, se detenía cuando se quedaba sin gasolina y se encontraba solo en el mundo con unos cuantos fardos llenos de billetes en el asiento de atrás.

Las Vegas, el pantano a la derecha, rebosante; en la otra orilla, el camping donde siempre había campistas porque estaba permitida la navegación a vela y era menos arriesgado que el mar, como hacer submarinismo en una bañera.

Lo normal era hacer Talavera cada quince días o, mejor, cada tres semanas, aunque en la central me habían dicho que una vez al mes. Pero yo iba reduciendo los plazos y ahora pasaba por la matriz de compra cada tres o cuatro días. Todo para sacarle brillo a la pared con el culo de Alejandra.

Se echaría a reír, sólo porque hacía un par de días que me había despedido con un hasta dentro de dos semanas, pero estaba seguro de que se alegraría de verme llegar, comenzaría a desabrocharse la blusa cuando me viera aparecer. Yo dejaba la cartera con los catálogos en el mostrador y le ayudaba con los últimos botones. Lo hacíamos allí mismo, en la oficina, contra la pared y delante de la foto de boda de ella y el tanquista, diez años más jóvenes, y con la puerta abierta por si llegaba la empleada.

Claro que me hubiera gustado pasar una noche entera con ella, ¿quién dice lo contrario?, en una cama, estirando el brazo para apagar la luz, subiendo las mantas y mis pies buscando los suyos debajo de las sábanas. Comenzaba la temporada de caza y al tanquista, de nombre Casimiro y no sé qué más, quizás se le ocurría pasar una noche fuera de casa, eso sucedería si le hubieran gustado las monterías, pero no le gustaban, no le gustaba la caza mayor, era cazador de escopeta, perdices y todo eso, además del tanque con el que algún día cazaría a la infantería enemiga. Le había sugerido a Alejandra que le regalara un rifle y le comprara un puesto, pero entonces el tanquista se mosquearía todavía más de lo que estaba y la obligaría a acompañarle y el remedio sería peor.

Sus ojos eran lo mejor, algo infantiles, juveniles, mejor, quiero decir de persona que siempre parece estar pensando en otra cosa, que está de paso en este planeta, bueno, nada de

rodeos, trato de decir que toda ella, ojos y todo lo demás... estaba muy buena. Era más que guapa, pero sin llegar a hermosa. Tenía un cuerpo grande y mullido, y tibio, uno de esos cuerpos de envergadura germánica... ya saben, mucho pecho y caderas anchas, pero proporcionado; unas piernas afeitadas y, en verano, con las uñas de los pies violeta. Traída de muy lejos para mi harén.

Su nombre era Alejandra, que era el nombre de uno de sus abuelos, Alejandro, un mayorista de cueros, al parecer. Así que Alejandra era la bomba, vaya que sí. Podría resistir cualquier embate, huracanes de doscientos kilómetros, o las botas de su marido tanquista, con herrajes y llenas de barro, sobre la mesa del café.

El grupo de compra se encontraba en la entrada de Talavera, en General Ortuño. Rotonda, segunda salida, giro a la derecha, treinta metros, giro a la izquierda, cincuenta metros y el grupo de compra. Siempre había un hueco para aparcar en batería al otro lado de la calzada, casi enfrente de la puerta de aluminio y cristal, especialmente a aquella hora, con una buena sombra en verano fabricada por veinte o treinta sicómoros de esos que se injertan unos con otros.

Sólo tres minutos para las diez. El tiempo pasaba volando.

Me peiné con los dedos hasta que apareció la raya, me arreglé la corbata, comprobé en el retrovisor si tenía algo entre los

dientes, cogí la cartera y salí del coche. Eran catálogos viejos, los nuevos hacía tiempo que se habían agotado, por si a Casimiro no le arrancaba el tanque y había regresado a casa. Crucé la calzada y entré.

Esta vez Alejandra no salió a mi encuentro. Mi vista se puso en el televisor en exposición donde se reflejaba la puerta del despacho. Que ahora estaba abierta y la luz apagada. Alejandra siempre salía a mi encuentro, con una de sus sonrisas especiales, la no reservada para los clientes, una fabricada con esmero durante toda la noche desvelada por los ronquidos del tanquista.

Ninguna sonrisa aquella mañana de febrero. No estaba sola. Junto a los expositores del fondo, había un grupo de personas. Al instante reconocí el pelo al cepillo de Casimiro, que aquella mañana al parecer había perdido de vista a la infantería enemiga, con su metro ochenta y mucho, su solidez y su expresión canina; iba de paisano, lo que me extrañó porque siempre le había visto de uniforme como si fuera el único ropaje de su armario, también que a aquella hora no estuviera poniendo en marcha el tanque o corrigiendo la mira del cañón. Andaría por los cuarenta y era tirando a rubio, con un bigote espeso, color tabaco, que tendría muchas batallas que contar, con el tanque escupiendo balas por delante y gasoil por detrás. El par de veces que se había dirigido a mí lo había hecho como si se dirigiera

a un recluta y yo le había respondido como un recluta, conteniéndome para no cuadrarme, como alguien que ni en broma aspiraría a vacunar a su costilla, aunque nos encontráramos en una sauna y dispusiéramos de sólo una toalla, y todavía menos que empleáramos una pared como colchón.

Me encontraba en un local de unos doscientos metros, sin ventanas pero con cuatro puertas. En expositores, o en estantes de pared, se exhibían todo lo que el grupo ofertaba. Además de Polti llevaba cuatro o cinco marcas: Bosch, Balay, Fagor y Xiaomi y Philips de televisores. Y también otras chucherías para regalar.

Me dirigí hacia el grupo, otra cosa hubiera resultado extraña. Habían vuelto la cabeza pero sólo fugazmente porque su charla les interesaba más que un comercial que venía a colocar un pedido. Alejandra se había quedado mirándome unos segundos, pero enseguida dejó de hacerlo porque era lo que habían hecho los demás. Me pareció que se había llevado la mano a los botones de la blusa pero se había contenido a tiempo.

Uno de los contertulios era Enrique, el hermano de Alejandra, y otro Marina, su mujer. No sabía qué hacían allí, a aquella hora, él debería estar quemando gasoil en su tractor para aprovechar la subvención, ella esperando a las primeras clientas detrás del mostrador de su tienda de ropa de señora, allí, en

Talavera. Había otro par de fulanos a los que no conocía, con pinta de ser de por allí cerca, quizás eran vecinos de la casa de al lado que habían entrado al ver una puerta abierta. Uno de ellos vestía un mono azul de trabajo, el otro, bastante más bajo, una zamarra y pantalones negros de pana.

Di los buenos días, deteniéndome a cuatro metros del grupo pues no sabía si debía incorporarme a la conversación. Sólo me respondieron Alejandra y Marina, los tíos continuaron ignorándome.

El martes había estado allí por la tarde y me había encontrado con Casimiro. Ahora me alegraba de haber cogido los catálogos porque verme aparecer tan pronto podía hacer surgir un interrogante en su cabeza.

Era igual. La expresión de todos me decía que algo había sucedido. Todos tenían algo que decir y lo decían de forma muy determinada, como si les hubieran concedido dos minutos para demostrar un teorema. Alejandra dijo algo y se separó del grupo para dirigirse al pequeño mostrador donde atendía a los clientes. La seguí.

Abrió un cajón y sacó un par de portafolios, sin mirarme, como si yo todavía no hubiera llegado. Supuse que Casimiro tendría la cabeza vuelta hacia nosotros y Alejandra se comportaba como lo hubiera hecho con cualquier comercial, con familiaridad, dando una importancia relativa a su presencia, la que

se da a alguien que no viene a comprar sino a vender. Saqué los catálogos y abaniqué el aire para que al tanquista le entrara por los ojos la razón por la que había vuelto a visitarlos tan pronto.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Alejandra había abierto uno de los portafolios pero lo ignoró para mirarme con gravedad.

—Le han robado un perro a mi hermano. En el corral.

Se refería a Enrique, por eso se encontraba allí y no encastrado en su tractor. Traté de descifrar aquella información.

—¿Un perro?

—Han entrado en la perrera y se lo han llevado. Uno de los perros.

Me hacía ver que la gravedad del asunto estaba en que hubieran entrado en la perrera, porque también podían haber entrado en la casa donde estaban durmiendo el matrimonio y los niños, me parecía que tenían tres hijos. Volví la mirada hacia el grupo. Ahora hablaba Casimiro como dirigiendo el ataque de una división y los otros le escuchaban con gravedad porque era el único que sabía manejar un tanque.

Enrique era un par de años o tres mayor que Alejandra, era perito agrónomo, o algo parecido, con tierras y algún ganado de cebo. Su costilla, Marina, era una pija de pueblo, de esas que van a la capital a renovar el vestuario y a blanquearse los

dientes, todavía aprovechable a pesar de sus hijos, algo que ella rubricaba delante de cualquier espejo.

—Supongo que lo peor es que hayan entrado en la perrera. ¿Está en la misma casa?

Alejandra se disponía a responderme cuando sonó el teléfono.

—No.

Aquello parecía un funeral, no comprendía tanto problema por un jodido perro, debía ser de una raza muy especial. Era probable que se hubieran llevado algo más, quizás la lata donde comía. No era día para colocar pedidos, me limitaría a dejar los catálogos que Alejandra metería en un cajón para que Casimiro no viera que eran antiguos, y les diría adiós.

Alejandra me había dado la espalda y hablaba con gravedad, debía tratarse de un cliente. Se pasaba quince horas al día con el móvil aplastándole la oreja. Regresé donde el grupo. Casimiro tenía vuelta la cabeza.

—Sólo he venido a dejar los catálogos nuevos.

El vecino del mono azul le estaba preguntando a Enrique cuántos perros tenía, ¿ocho?, no, cinco, pero que venían a por él, sólo a por él.

—Tienen que conocer el sitio, son de aquí cerca, de Las Herencias o de Talavera —intervino el otro vecino, en un tono rotundo, el de esos fulanos que saben la fecha exacta cuándo se creó el Universo.

Recordé que Enrique vivía en Lucillos, donde tenía las tierras, nunca había estado en su casa pero se lo había oído comentar a Alejandra.

—Claro que lo conocen —intervino Emilio—. Los perros no se ven desde la calle, aunque se les oye ladrar. Tampoco han forzado la cerradura, pero es de juguete, se puede abrir con nada. Conocen el sitio.

—Hijos de puta —intervino Marina que parecía muy afectada, mirando a los cuatro tíos a la cara y a su alrededor buscando pelea o, quizás, un espejo. Me sorprendió su lenguaje barriobajero, no encajaba con su atuendo de pija, ni con los trajes sastre del escaparate de su tienda, pero sólo duró un par de segundos porque en su recorrido visual encontró una barra bruñida y se estiró la falda a la altura de la cadera, primero hacia arriba, luego un dedo hacia abajo, no, queda mejor como estaba.

—Yo pensaría en las carreras —dijo Casimiro.

—La artificial. Está en la artificial, es ahí donde está... —dijo el vecino pequeño, pero se detuvo en seco porque estaba hablando demasiado.

Yo no hacía nada allí. Saludé con la mano y me dirigí hacia la puerta. Al cruzar junto a Alejandra, me cogió de la manga reteniéndome. Los del grupo no se enteraron de nada. Se despidió de la persona con la que estaba hablando y cortó.

—¿Te vas?

—Me voy.

Miró hacia el grupo y nos dirigimos hacia la puerta.

—¿Qué le pasa a ese perro? ¿Es su regalo de Reyes?

—No... no. Es muy valioso, vale mucho. Es el que más vale.

—¿De qué raza es?

Nos detuvimos delante de la puerta.

—Un galgo. Es un galgo. Vale mucho.

—¿Un galgo? ¿Para cazar liebres?

—Sí. Y algo más. Ha ganado muchas carreras. Vale una fortuna. Es muy bueno.

—¿Lo lleva al canódromo?

—No, no, en el campo. Las carreras en el campo. —Era la primera vez que oía hablar de carreras de galgos en el campo. Oh, sí, sí, algo había oído de un campeonato, quizás en la tele, de pasada—. No está asegurado contra robos. Le ha hecho polvo.

—¿Cuánto puede valer?

Alejandra volvió la mirada hacia el grupo, como dudando si tenía que revelármelo.

—¿Cuánto? ¿Cuánto vale?

Respondió con la vista puesta todavía en el grupo:

—... No sé. Mucho... Medio millón. Algo así. Creo.

—¿Medio millón... de euros?

—Sí.

El decorado se borró del todo para mí.

—Joder.

—Sí. Es un semental. Se llama Chapapote.

Era uno de esos momentos en los que tienes que silbar, pero ni junté los labios, la cifra me había sorprendido demasiado y me había dejado sin ideas y sin aire en los pulmones.

Alejandra parecía afectada de verdad. Suponía que se debía a que se llevaba muy bien con su hermano, era el mayor, que había dado siempre la cara por ella y ahora le tocaba a ella quedarse con parte de sus problemas.

Los del grupo se habían quedado en silencio cansados de acorralar sombras. Le apreté el brazo a Alejandra, no sabía cómo consolar a alguien al que han robado un perro.

—No será fácil sacarle partido —comenté en voz alta para que me oyeran los del grupo, pero ninguno volvió la cabeza, como si no me hubiera oído o mi comentario fuera irrelevante—, o venderlo.

—Hay mucha gente metida en eso, por todas partes —intervino de nuevo Alejandra, en un tono bajo, algo quebrado—. En las apuestas y todo eso. Cada monta vale quinientos. Y está la artificial.

¡Quinientos una monta, un polvo! ¡Buff! Desconocía cuántos polvos podía echar un perro al día. De nuevo levanté la voz dirigiéndome al grupo.

—¿Lo habéis denunciado?

Esta vez Casimiro y el bajo volvieron la cabeza, los ojos de Casimiro me exploraron. Pero no me llegó ninguna respuesta.

—Sí, por supuesto —intervino Alejandra, titubeante.

—¿Y?

—Que verán lo que pueden hacer. Se roban muchos perros. Galgos sobre todo, por todas partes. A veces a la fuerza.

Imaginé un galguero solo en medio del campo, con dos o tres galgos, aparece un coche, se detiene, descienden dos o tres rufianes con la cara tapada, con escopetas y pistolas, el galguero se caga encima, embarcan a los perros y se largan. Así de fácil. Lo importante era saber qué hacían luego con los perros.

Estaba abriendo la puerta para salir cuando Alejandra, mirándome a los ojos, murmuró: «Esta tarde», no era necesario que yo afirmara con la cabeza por lo que me limité a salir.

No arranqué, me lo impedía una cifra dando vueltas en mi cabeza: MEDIO KILO. La mitad de un kilo. Me aflojé la corbata, llené los pulmones, dejé salir el aire lentamente y puse la mano en el botón de arranque con los ojos en el vacío. Medio millón de pavos. Traté de imaginarme el cimbel del amigo Chapapote, quizás era de oro macizo, me deslumbraba su fulgor a medida que lo desenvainaba.

Un perro callejero venía ocupando toda la acera. Era de tamaño medio, canela y gris, con una oreja derrotada y la otra

muy tiesa como un periscopio. Parecía distraído pero yo estaba seguro de que estaba muy atento a los peligros que le acechaban. Hacía mucho que no se bañaba y había empeñado el collar y la correa. Cuando llegó a mi altura, se detuvo, se volvió hacia mí, se sentó sobre sus cuartos traseros y le dedicó un concierto de guitarra a Marcial, un comercial de Polti de treinta y cinco años y un metro setenta y siete de estatura, bien construido, casi guapo y sin barba ni bigote pero con un par de canas en la pelambre que a las maduras les resultaba interesante, dueño de un Renault blanco con los días contados y una cuenta en el banco de casi cinco mil euros. Estuve a punto de abrirle la puerta al guitarrista, invitarle a subir y ponerme la gorra de plato. Bajé la ventanilla.

—Eh, tú, guitarrista, tengo una caniche con un lazo rosa entre las orejas... ¿cuánto cobras por un meneo?

No me hizo caso, dejó la guitarra y siguió su camino en plan señor. Le di al arranque y conduje sin saber muy bien adónde me dirigía.

No entendía nada de galgos. Un domingo, en la carretera a Menasalbas, los había visto correr detrás de una liebre, me habían hecho frenar porque cruzaron delante del coche. Me había parecido bonito, incluso emocionante. Eran tres, corrían detrás de una liebre sin ninguna intención de esperarlos. Me cayó bien, la liebre, no porque fuera la más débil, sino porque todo hacía suponer que estaba jugando con los perros. Los perdí de vista al otro lado de una loma, durante el resto del día tuve la sensación de que continuaban corriendo.

Era demasiado pronto para que los clientes de Talavera me vieran la cara de nuevo, hacía sólo quince días que había hecho el recorrido, así que enfilé hacia Puente sólo porque hacía como un mes que no pasaba por allí. Un par de visitas, un par de pedidos pequeños y habría aprovechado la mañana. Por la tarde me daría una vuelta por Getafe.

Getafe, Talavera, Aranjuez, Fuenlabrada, Pinto, Parla..., una bola de billar golpeando las bandas impulsada por un jugador aburrido, desesperanzado, colocando un producto que sólo existía en el papel satinado, había visto vaporetas, un par de veces,